

CAPITULO XXXVIII.

LAS BARRICADAS.

—Gila... Gila....

—¿Señor?

—Parece que no os acordais de mí.

—Esto es una Babilonia, señor.

—¿Qué haceis que no me dais una tacita de caldo?

—¿La quiere usted ahora?

—Sí, que me siento muy desfallecido.

Y don Nicomedes, que no era otro quien de tal guisa hablaba con su doncella, se incorporó en la cama, disponiéndose á tomar el caldo que Gila le presentó pocos momentos después.

—Temo que este caldo me pondrá peor — dijo don Nicomedes después de algunos sorbos; — pero me encuentro tan débil...

—¿Y por qué le ha de poner á usted peor el caldo?

—Porqué me revolverá de nuevo las tripas y..... Mira, ¿está limpio el don Pedro?

—¿Y quién es ese caballero?

—El... el.... ¡válgame Dios! me harás decir palabras incon-
nientes con tu torpeza.

—¡Ah!... ya entiendo... Si señor, limpito está.

—Pues ponme las chanclas junto á la cama, porque me pare-
ce que no tardaré en... Me siento unos retortijones...

—¡Bendito sea Dios!... ¿y qué es eso?... ¿tiene usted el có-
lera-morbo?

—Lo que yo tengo, Gila, es el cólera-miedo.

—¿Y no le dá á usted vergüenza decir esas cosas?

—No lo puedo remediar; cada tiro que oigo, experimento una
sensacion tan desagradable como si la bala que despide atravesá-
ra mi cuerpo. ¿Qué hace tu señora?

—¡Tan valiente y campechana!... Está en el balcon alentando
á los revolucionarios...

—Esa quiere que alguna bala estraviada le dé pasaporte para
el otro mundo.

—No hay cuidado, señor..... todo el fuego está por allá por la
Plaza Mayor y la Cuesta de Santo Domingo. Dicen que hubo ano-
che tantos muertos...

—Calla, calla... Toma, no quiero mas.

Y entregó á la doncella la taza.

—Aun queda media taza de caldo, señor. ¿Por qué no la apu-
ra usted? El caldo es muy bueno para la destemplanza de vientre.

—¿Y no dicen quién gana?

—¡Toma! ¿quién ha de ganar? Los nuestros.

—¿Y quiénes son los vuestros?

—Los liberales... Si viera usted que contenta está mi señora...
Ha pasado un grupo de revolucionarios con una bandera, y mi se-
ñora ha salido al balcon...

- Para curiosear, sin duda.
- Qué, no señor, para decirles cosas.
- ¿Y qué les ha dicho?
- No me acuerdo sino así... de alguna que otra palabra... Hijos míos... ánimo... porque los tiranos... y las cadenas... y las libertades patrias... y por fin ha gritado: ¡Viva el pueblo soberano! Y todos han respondido ¡Viva! ¡Viva! ¡Qué gusto, señor!... Y usted metido ahí en la cama sin ver nada de esto... ¡Es tan divertido!...
- Calla, calla, imbécil... no sabes lo que te dices.
- Pues si todos están tan alegres y tan...
- ¿Y habeis pasado la noche en vela?
- Ya se vé que sí... y á fé que no la he pasado mano sobre mano. Tres cazuelas de arroz llevo hechas.
- ¿Para quién?
- ¡Toma! para los de las barricadas.
- Está visto que os empeñais todos en comprometerme. Si triunfa el gobierno me fusilan.
- Buenas trazas lleva de triunfar el gobierno. De esta hecha dicen todos que el gobierno se fastidia... ¡Qué bien vamos á estar sin gobierno!... ¿verdá usted?
- No digas barbaridades. ¿Y qué hace ahora tu ama?
- Sigue dictando disposiciones.
- ¿Qué disposiciones?
- Las que le parecen convenientes por si la tropa nos ataca.
- ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay el vientre!
- ¿Vá usted á saltar de la cama?
- Todavía no; pero dime, ¿se teme que se dirija hácia este lado la tropa?

- Quiá, señor, si ya el gobierno ha perdido y todo está acabado; pero dice mi señora que bueno es estar prevenido para lo que pueda tronar.
- ¿Y qué hace?
- Ha mandado desempedrar la calle.
- ¿Desempedrar la calle!
- ¡No que no!
- ¿Está loca esa mujer?
- Cuerda y muy cuerda, y ha mandado tambien llenar todos los balcones de piedras, y de las mas gordas... y si se atreven á pasar los soldados... no tendrán mal pedrisco... y cuando se acabe la lluvia de los guijarros... irán tras ellos las sillas, y las cómodas y...
- ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay mi vientre!... ¡mi vientre!
- ¿Quiere usted las chancas?
- Lo que quiero es que me dejes solo.
- ¡Vaya un gusto! estarse ahí metido en la cama, cuando todo el mundo...
- Vete.
- Ya me voy; pero es una lástima que...
- Vete.
- Gila iba á obedecer, y llamándola don Nicomedes, añadió:
- Ciérrame bien todas esas puertas, no sea que alguna bala estraviada...
- Sí, de la Plaza Mayor vendrá una bala á la plazuela del Progreso, únicamente para darle á usted en el ombligo.
- Cierra...—gritó enojado don Nicomedes.
- En este momento sonó una descarga.
- ¡Ay!—esclamó el pobre viejo, y con la rapidez del rayo,

se zambulló entre sábanas, acurrucándose y tapándose cabeza y todo.

Gila cerró la puerta de la alcoba después de haber salido riéndose á carcajadas.

...
Aunque la revolucion parecia reconcentrada en el barrio del Norte, el cuartel del Sur, que comprende los de Lavapiés y Toledo, comenzó ya desde la misma noche del 17 á tomar una parte muy activa en la ebullicion popular.

Los primeros grupos armados que acudieron á la Plaza Mayor y á la de la Villa, procedian de la calle de Toledo y de la plazuela de la Cebada.

En uno de ellos se distinguia por su frenético entusiasmo el negro Tomás.

Pocos serán los habitantes de Madrid que no recuerden haber visto entre los grupos de los defensores de la libertad la decision de un negro que alentaba con su arrojo á los demás valientes, si es que no á todos les sobraba el invencible denuedo de los libres.

El grupo en que militaba el negro Tomás era acaudillado por un bizarro jóven casi imberbe, rúbio como el oro, de hermosa presencia y simpáticas facciones.

Era el jóven don Enrique de Mendoza, hijo de María y del marqués de Bellaflor, que aborrecia la existencia desde que ocasionó la muerte del generoso banquero que habia salvado á su padre.

No podia olvidar tampoco á su adorada Matilde ni sabia si existia, ni pretendia averiguarlo; solo conocia que arrastraba una vida insoportable, y aprovechaba la ocasion de perderla sin cometer un crimen...

En resúmen, queria morir, y allí donde el peligro era mas in-

minente, allí acorría deseoso de perecer con gloria.

Esta idea le proporcionaba el consuelo de que así no seria tan sensible su muerte á sus idolatrados padres.

El jóven Enrique no se limitó, pues, á la defensa de su barrio, sino que de barricada en barricada, iba tras los puestos de mayor peligro, sin que el negro Tomás le abandonára un momento, no solo por el cariño que le profesaba, sino por las repetidas órdenes que habia recibido de una tierna madre, á quien habia abandonado anegada en llanto acerbo.

Desde el amanecer del 18 el movimiento de la calle de Toledo y plazuela de la Cebada era extraordinario: unos desempedraban la calle, otros reunian armas, habia quien organizaba la gente, y todo se ejecutaba con tanta prontitud, con tanta precision y orden, que al anocheecer era ya imponente el aspecto de la indicada plazuela.

Todos los vecinos á porfia ansiaban ser útiles de un modo ú otro á la buena causa, y los mas acaudalados proporcionaron cuantas cantidades fueron menester para el acopio de las provisiones necesarias, y aun para el socorro de los que faltos de su acostumbrado jornal no podian atender á la manutencion de sus familias.

Los regimientos de Estremadura y Cuenca se hallaban acuartelados en el espacioso convento de San Francisco el Grande; pero no habian dejado en él mas que una escasa fuerza de quintos, porque la demás guarnecia otros puntos, y los paisanos lograron hacer con ellos una especie de alianza, en virtud de la cual permanecieron los quintos armados en su puesto; pero sin hostilizar al paisanage.

La escasa fuerza que en la calle de Segovia estaba de guardia en la casa de la Moneda, tuvo que rendirse á las masas populares.

Las tendencias políticas de los defensores de este barrio eran puramente democráticas.

Allí fué donde tuvieron comienzo las barricadas que luego se extendieron por diversos puntos como la Red de San Luis, la calle Ancha de San Bernardo, dando frente á la plazuela de Santo Domingo, la calle de Gravina y otras muchas.

Las primeras barricadas que se construyeron con inteligencia y órden fueron las de la calle de San Juan al Prado, como lo demuestra la relacion siguiente:

DISTRITO DE DEFENSA DE LOS BARRIOS DE SAN JUAN Y DE LAS HUERTAS.

Clasificacion de las barricadas comprendidas en esta zona.

PRIMERA LÍNEA.

Núm. 1.º *Libertad*.—Situada en la plazuela de la Platería de Martínez y edificio del mismo nombre y tapias del convento de Jesús.

SEGUNDA LÍNEA.

Núm. 2.º *Pueblo Soberano*.—Calle de San Juan, al lado de la tahona.

Núm. 3.º *Milicia Nacional*.—Calle de las Huertas.

Núm. 4.º *O'Donnell*.—Idem, idem.

TERCERA LÍNEA.

Núm. 5.º *Espartero*.—Calle de San Juan, cerca de la fuente.

CUARTA LÍNEA.

Núm. 6.º *Dulce*.—Calle de San Juan.

Núm. 7.º *Isabel II*.—Calle de Santa María.

QUINTA LÍNEA.

Núm. 8.º *Independencia*.—Calle del Leon, con ángulo á la de Lope de Vega.

Núm. 9.º *Union*.—Calle de las Huertas, con las del Leon y edificio del Nuevo Rezado.

Además contenia otras varias en líneas laterales, denominadas: *Luchana*, *7 de Julio*, *1.º de Setiembre*, *Ramales*, *Morella*, etc.

El segundo centro del cuartel del Sur era la plazuela del Progreso, donde todo permaneció tranquilo durante la revolucion; pero no por esto estaban sus habitantes menos dispuestos á la defensa como hemos indicado ya, aunque festivamente, al divertir á nuestros lectores con el miedo cerval de don Nicomedes, y la exaltacion de su esposa doña Úrsula.

No habrá olvidado el lector que estos dos personajes son los padres de la bella Carolina, á quien no habiamos vuelto á ver en nuestra escena, desde que su amante el bizarro jóven Manuel, hermano de la marquesa de Bellasfor fué desterrado á Ultramar.

Este, como digno hijo del simpático Anselmo *el Arrojado*, á quien hace luengos años conoce íntimamente el lector, habíase lanzado de los primeros á la liza, no solo á impulsos de su amor á la libertad, sino en cumplimiento tambien del juramento prestado en el momento solemne en que su hermana María le participó la muer-

te de su madre, víctima de los desafueros de un tirano.

El amor y las lágrimas de Carolina, no fueron capaces de retraer á su pundonoroso marido, y queriendo este que estuviera menos afligida durante su arriesgada ausencia, habia tenido intencion de dejarla en compañía de sus padres.

Doña Úrsula, poseida de un frenético entusiasmo, rodeada de mil urgencias, que, como ella decía, exigia la patria en peligro, no estaba para dar consuelos á su afligida hija, y el pobre don Nicomedes, encerrado en su cuarto, acurrucado entre sábanas, con los meñiques en los oídos para no oír las descargas, y sufriendo agudos dolores de vientre, tampoco se hallaba en disposición de consolar á Carolina.

En tan apurado trance habíasele ocurrido á Manuel, que en ninguna parte estaria mejor Carolina que en compañía de su hermana, idea que aceptó con mucho placer la interesada, y ambos se habian dirigido á la calle de Toledo donde vivia la marquesa de Bellaflor.

Es inútil advertir que Manuel llevaba su correspondiente fusil, sable, cartuchera, y buena provision de cartuchos.



CAPITULO XXXIX.

EL 19 DE JULIO.

Hemos ponderado en el anterior capítulo la tranquilidad de la noche que precedió al verdadero triunfo del pueblo; mas ¡ay! que en medio de aquella misteriosa calma ocurrían escenas espantosas á las cuales no nos atreveríamos á dar crédito, porque nos parece imposible puedan acontecer en una nacion culta, y no queriendo cargar con la responsabilidad de referir actos atroces que rechaza nuestra conciencia; trasladaremos á nuestros lectores uno de ellos tal como se relata en una reseña de los heróicos hechos del pueblo de Madrid en las jornadas de julio por UN HIJO DEL PUEBLO, con los juiciosos comentarios que le siguen. Dice así:

«Al oscurecer habia cesado enteramente el fuego, pero la tropa y el pueblo ocupaban respectivamente sus posiciones, lo que significaba que la lucha estaba suspendida durante las tinieblas, pero no terminada.

La opinion pública sostenia á los defensores del pueblo, y para